

Espacio y visión antropocéntrica del mundo en el Renacimiento

Eugenia Acosta Sol*

El presente ensayo parte de la afirmación de que las nociones y usos socialmente elaborados de tiempo y espacio constituyen el eje de las cosmovisiones, el referente fundamental de la experiencia del mundo y el propio ser, y por ello de la organización de la sociedad. Espacio, como categoría filosófica, es una continuidad infinita que contiene todo lo existente. Para el ser humano no existe experiencia del mundo —individual o social— sino en la coordenada de un lugar de ocurrencia a la que se aparea, un lugar temporal. Tiempo y espacio son las coordenadas primigenias —no solamente en el sentido matemático, sino ontológico—, fundantes de la construcción social de la realidad.

El ser humano crea —quizá por excelencia— espacios relacionales. Desde las demarcaciones territoriales de las bandas de omínidos, pasan por el santuario, la caverna, la aldea y la ciudad (Mumford, 1966) hasta el sistema satelital, el espacio es ocupado, utilizado y organizado en *geometrías* (Claval, 1982) que obedecen a variadas intenciones y necesidades.

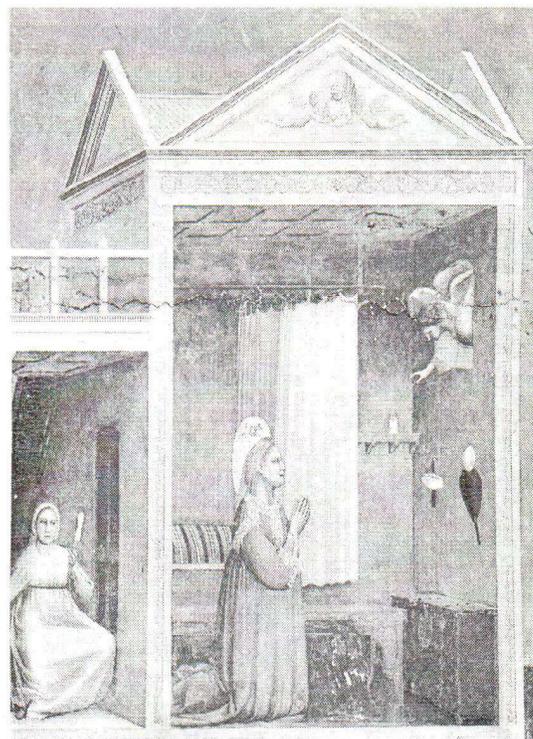
Hombres y mujeres creamos, acotamos, parcelamos, construimos, nos apropiamos de múltiples maneras y formas del espacio. La dimensión espacial esta relacionada con el tamaño del grupo, su organización, el avance tecnológico y la duración temporal a que se refiere. A la civilización corresponden dilatados espacios (Mesoamérica, Europa, el Magreb) ocupados y construidos a lo largo de periodos de largo alcance. Al individuo, en razón de su circunstancia sociopolítica, económica y cultural, le queda (socialmente) asociado el control y disfrute de espacios que van desde la Ciudadela (y en sentido figurado, el territorio de un imperio), hasta el espacio de la exclusión.

Temporalidad y amplitud

Cada época histórica produce su cosmovisión en torno a un tipo de conocimiento que representa el eje de las respuestas a cuestiones fundamentales como: ¿qué es el mundo?, ¿cuál es su origen?,

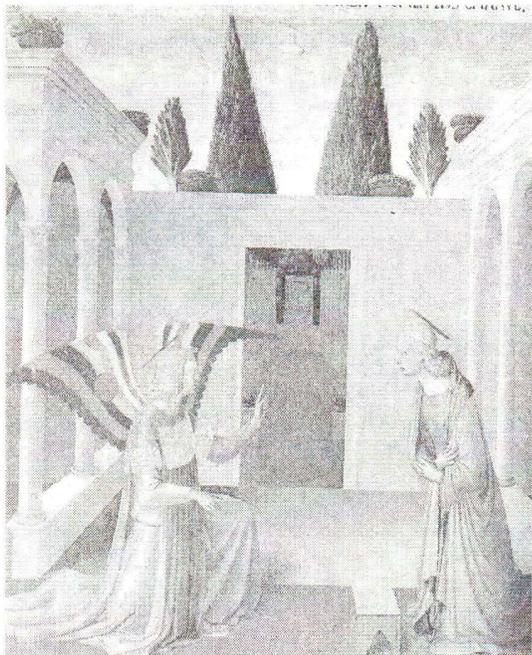
¿cómo funciona?, ¿qué amplitud tiene?, ¿cuál es el sitio y del colectivo humano en el sistema reconocido como real?, etcétera.

Aunque diversas formas de conocimiento —mágico, religioso, técnico, filosófico, estético, científico, político, empírico, sensorial— están presentes en la historia de la humanidad, cada individualidad histórica representa una combinatoria original de ellas, de manera que la forma de conocimiento dominante no sólo es responsable de la producción de las nociones fundamentales sobre las que se construye el edificio de la cosmovisión, sino que además influye y permea en las manifestaciones y producciones de los demás tipos de conocimiento.



Giotto, *La Anunciación a S. Ana*, hacia 1305. Fresco Padua, Capilla de la Arena.

*Profesora e Investigadora de la ESIA Tecamachalco. Candidata a Maestra en Sociología de la Universidad Iberoamericana. Becaria de la Comisión de Operaciones y Fomento de Actividades Académicas del IPN.



Fra Angélico. *La Anunciación*, 1440-47, fresco, Florencia, convento de S. Marcos.

El conocimiento en toda época y lugar, sin embargo, está referido a ciertos fundamentos esenciales que le sirven como referentes onto-epistemológicos y dentro de cuyos marcos se mueve. Para Gurvitch, estos tipos de conocimiento se encuentran jerarquizados relativamente en cada individualidad histórica, pero siempre parten de un principio rector: *el conocimiento perceptivo del mundo exterior*, "el cual afirma como verdadero un conjunto coherente de imágenes, ubicadas en amplitudes y tiempos concretos y específicos; su percepción, la posibilidad de conceptualizarlas y cuantificarlas son muy variables"

(Gurvitch, 1969: 33).

En cuanto al hecho social, el conocimiento perceptivo del mundo exterior presupone, en primer lugar, la percepción colectiva de la amplitud y tiempos en las que está situado el mundo.

La diferencia esencial entre tiempo y amplitud se manifiesta por la diversidad del primero y la unicidad del segundo. Esto es, que "hay tantos tiempos como dominios de lo real, y en cada dominio muchos tiempos pueden entrar en competencia. En cambio, la amplitud donde está ubicado el mundo exterior, así como el mundo social, en cuanto a *realidad* independiente de toma de conciencia, no puede ser sino una *amplitud única*" (Gurvitch, 1969:34). Por último, es importante retener, sobre este análisis, que la concepción tanto de tiempos como de amplitudes son producto de una percepción colectiva.

El cambio en la experiencia y representación mental del espacio (y tiempo), es signo anunciador, epifoco de cambios en la idea del mundo, la autoimagen del ser humano y las formas de producción de conocimiento.

Espacio, autoexperiencia y autoimagen del ser humano

En el principio era el caos, lo desconocido y ominoso. El espacio inconmensurable e ilegible no reconocido, diríase no practicado o humanizado:

"... *todas esas regiones salvajes, incultas, etc., están asimiladas al caos: participan todavía de la*

modalidad indiferenciada, informe, de antes de la creación. Por eso, cuando se toma posesión de un territorio así, es decir, cuando se lo empieza a explorar, se realizan mitos que repiten simbólicamente en acto de la creación: la zona inculta es primeramente «cosmizada», luego habitada» (Eliade, 1989: 10).

La ocupación del espacio para los grupos humanos es un asunto de gran importancia. Los mitos fundacionales con frecuencia se refieren al modo en que es conferido, por la divinidad, un cierto espacio al hombre para su habitación, su refugio, su santuario y su sustento. El hombre construye un arquetipo. No sólo su ciudad o su templo tienen modelos celestes, sino que ocurre así con toda la región en que mora, con los ríos que la riegan y los campos que le procuran alimento. Conocer el espacio es apropiarlo; los ritos de sacralización del espacio no dejan de remarcar este hecho. Todo territorio habitado o utilizado como "espacio vital" es transformado de "caos" a "cosmos"; es decir, que por efecto del ritual, se le confiere una "forma" que lo convierte en real.

Del mismo modo, el espacio apropiado, construido, organizado en torno a las necesidades y deseos de los seres humanos deviene, naturalmente, en centro de la experiencia del mundo. En las sociedades arcaicas y en algunas históricas, no el *yo* sino el *nosotros* del lugar compartido, es el centro del universo.

Todo templo o palacio —y por extensión toda ciudad sagrada o residencia real es una "montaña sagrada"—debido a lo cual se transforma en centro. Siendo un Axis Mundi, la ciudad o el templo sagrado es considerado como punto de encuentro del cielo con la tierra y el infierno. (Idem: 25).

La génesis de la mentalidad urbana renacentista y la elaboración de la visión *egocentrista* (desde el "yo") del mundo esta ligada —entre otras cosas— a la experiencia del espacio. Las burguesías protagonistas del cambio de lo que él llama "principio de realidad"; es la transición del dogma religioso a la explicación racional, pasa por un cambio paulatino en la experiencia y apropiación del espacio. "En los tres o cuatro siglos anteriores al XI, el hombre se había acostumbrado a vivir en ámbitos cerrados y reducidos. Esto obedece a razones objetivas—por ejemplo las invasiones guerreras y el cierre de las rutas comerciales— pero tiene efectos duraderos en la mentalidad colectiva: el sujeto, cuya experiencia del mundo se reduce a un ámbito muy pequeño, llama misterio a todo lo que constituye la realidad fuera de esos límites... El dominio de la naturaleza es una idea que proviene de la expansión territorial, con las cruzadas... (la sociedad europea) va a oriente, desde la frontera alemana va a al este... Por el sur avanza en España e Italia" (Romero, 1989: 74).

Parte del control ideológico y económico ejercido por la iglesia y los señores feudales descansó en la inmovilidad de la población y en la amenazadora visión de los espacios desconocidos.

La expansión geográfica y política iniciada con las cruzadas —que en rigor termina hasta el neocolonialismo de los siglos XVIII y XIX— forma una imagen del mundo radicalmente diferente. Entre otras sorpresas, se descubre que la naturaleza, diversa, es conocible en todas partes. El mundo de lo real se ensancha en detrimento de la imagen sobrenatural que de él ha promovido la iglesia, y en general, el patrón de pensamiento feudal. "El arte refleja esta apropiación del paisaje, esta nueva seguridad en las posibilidades de dominio sobre el espacio. El fondo plano de la imagen bizantina, es substituido, en la baja edad media por la visión de ciudades y dominios feraces, para convertirse en el renacimiento en la perspectiva paisajista. El paisaje es una naturaleza vista analíticamente y reconstruida luego sintéticamente a través de un proceso mental: así lo dice Leonardo, que da la receta para pintarlo» (Romero, 1989: 76).

La movilidad de la población durante la baja edad media abre paulatinamente una perspectiva del "mundo real" que vendrá a confirmarse bajo las empresas de Colón, Vasco de Gama, Magallanes y toda la plétora de expediciones de reconocimiento y expansión del siglo XVI. Para Norbert Elias es "la transición a la experiencia de la naturaleza como paisaje desde el punto de vista del observador, la transición a la experiencia de la naturaleza como objeto del conocimiento separado del sujeto de conocimiento como por una pared invisible, la transición a la autoexperiencia intensificada del ser humano aislado como un individuo reducido a sus propias fuerzas, independiente y ajeno a los individuos y cosas" (Elias, 1989: 41).

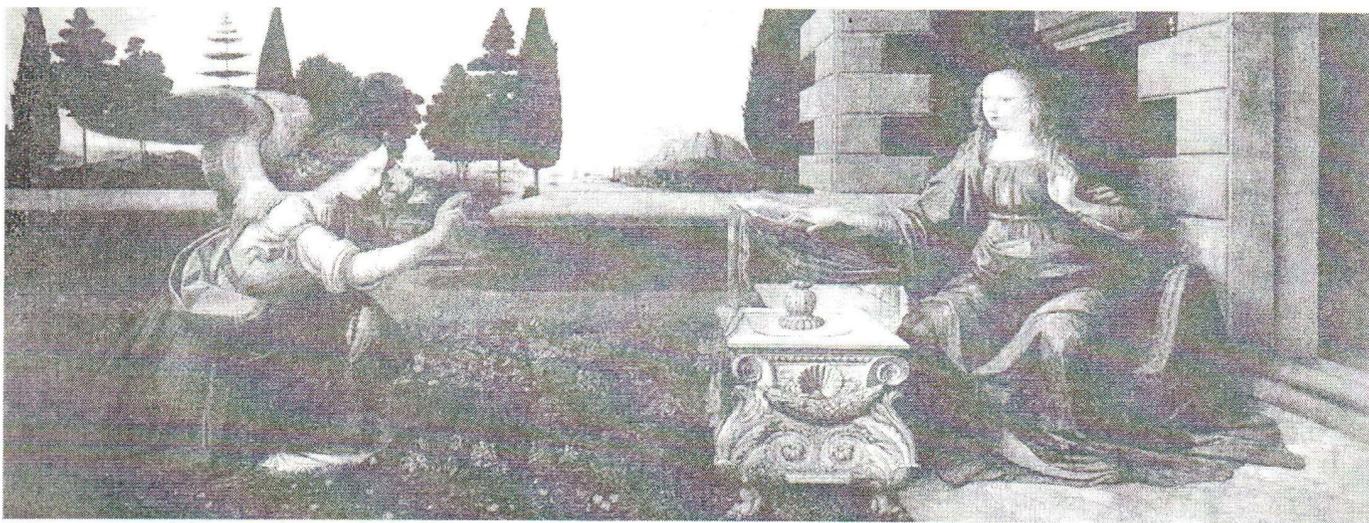
La constitución del *homo clausus* (cerrado sobre sí mismo, individuo), inicia con el desplazamiento del centro cósmico del lugar a la conciencia del individuo. Lo característico de la autoexperiencia de todo este periodo, era que se substituía la cosmovisión geocéntrica de los antepasados en el ámbito de la

naturaleza inanimada, por otra cosmovisión que exigía una mayor capacidad de autodistanciamiento de los seres humanos de desplazarse del centro.

En el pensamiento humano la cosmovisión geocéntrica se disolvió en otra egocéntrica. De ahora en adelante, en el centro del universo humano, se encuentra cada persona sola, concebida como un individuo que, en último término, es absolutamente independiente de los demás (Elias, 1989: 36). Frecuentemente se interpreta esta transición como una simple revisión y aumento de los conocimientos acerca de los astros. Pero resulta evidente que el cambio de las ideas que los hombres tenían acerca de la composición de los espacios estelares, no hubiera sido posible si antes no hubiera habido un fuerte estrechamiento de la imagen predominante que el hombre tiene de sí mismo: la capacidad que el ser humano tiene de verse en una perspectiva distinta a la de antes e

Bibliografía:

- Claval, Paul, 1982. *Espacio y poder*. México. Fondo de Cultura Económica, c. 1978.
- Eliade, Mircea, 1985. *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Editorial, c. 1972.
- Elias, Norbert, 1989. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, F.C.E.
- Gurvitch, George. *Los marcos sociales del conocimiento*. Venezuela, Monte Avila Editores, 1969.
- Matellrt, Armand, 1962. *La comunicación Mundo*. México, Siglo XXI.
- Romero, José Luis, 1989. *Estudio de la mentalidad burguesa*. México, Alianza Editorial.



Leonardo Da Vinci. *La Anunciación*, 1470-75, tabla al óleo 98x218. Florencia, Uffizi.